

Repetido

SM
C*3
394

La Mutualidad

Conferencia pronunciada en el
Ateneo Científico, Literario y
Artístico de Mahón, en la tarde
= del 2 de Febrero de 1907 =

— POR —

D. Victorino Benítez Carreras

Miembro fundador de "La Boule de Neige"



— 1907 —

Est. tip. de B. Fábregues, calle Nueva, 25. — Mahón
Impresor de la Real Casa



1057465

SM C^a3 394

SH
ca3
394

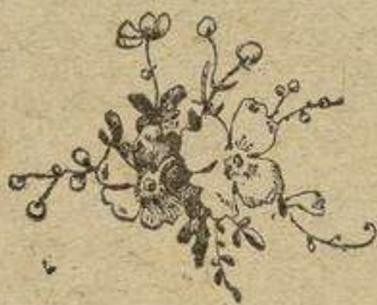
La Mutualidad

Conferencia pronunciada en el
Ateneo Científico, Literario y
Artístico de Mahón, en la tarde
= del 2 de Febrero de 1907 =

— POR —

D. Victorino Benítez Carreras

Miembro fundador de "La Boule de Neige"



— 1907 —

Est. tip. de B. Fábregues, calle Nueva, 25. — Mahón
Impresor de la Real Casa



Señores:

POR no estar adornado, ni mucho menos, de las condiciones necesarias para ocupar dignamente este puesto, honrado por hombres ilustres, bajo varios conceptos, suplico encarecidamente á este respetable é ilustrado auditorio, se sirva dispensarme su benevolencia é indulgencia, que nadie sabe hacerlo, como el acostumbrado á las investigaciones científicas. Y aunque tuviera, Señores, esas condiciones, no podría llenar debidamente el fin propuesto, pues la práctica es en todos los géneros, el mejor guía, y yo, no he tenido ocasión de pronunciar en mi vida conferencia alguna, y menos ante un público tan selecto é ilustrado. Por tanto, y teniendo la seguridad de la cultura que distingue á todos los miembros de este centro de ilustración, gloria del pueblo donde ha brotado, y esperanza de progreso en lo venidero, acogerán mis palabras con beneplácito, doy comienzo á mi explicación mutualista, con la sencillez que requiere la materia:

¡La Mutualidad! ¡La Mutualidad! ¿Quién es el que

no se interesa al oír esta mágica palabra? Hay palabras, Señores, que por sí solas entrañan un mundo de ideas; nos dicen más que todos los discursos; es que representando la verdad, la aspiración legítima de todo entendimiento recto, dejan al espíritu satisfecho; es que sintetizando el bien, fin de todo corazón, nos mueven á obrar á favor de los semejantes.

Si analizamos la palabra Mutualidad, si estudiamos su forma intrínseca, si no nos contentamos con conocer las cosas de un modo superficial, el primer elemento que encontraremos será la asociación, cuya importancia social es indiscutible, cuya influencia en el camino de la civilización es evidente. De ella se sirvieron los primeros hombres, allá en los tiempos prehistóricos, para subvenir á sus más perentorias necesidades, para defenderse de la Naturaleza y de los animales dañinos. Con la asociación, los gigantes de la humanidad, los compañeros del Mammout, del Hippopotamus mayor, del Rinoceronte Ticorino, del Equus robustus, del Bos anticus, etc., inventan los instrumentos de la caza, de la pesca, los puñales de hueso, las lanzas de silex, en una palabra, todas las herramientas y armas de piedra toscamente tallada. Con la asociación, luchan, quedando victoriosos contra aquellos terribles carniceros, aquellos osos, aquellos tigres, aquellos leones, aquellas hienas, aquellos leopardos gigantescos, de los cuales sólo queda una raza degenerada. Y esos terribles animales, y aquel fornido y lanudo Mammout, y aquel cerdoso Rinoceronte Ticorino, y aquel Mastodonte cuyo esqueleto no cabe en las salas de nuestros museos, y aquel descomunal Hipopótamo, tirano de los caudalosos ríos, y aquel ciervo veloz y corpulento, y aquel robusto y colosal caballo, en una palabra, todos los gigantes de la creación, fueron buscados, perseguidos, vencidos y muer-

tos por el hombre cuaternario, con sus cuchillos de hueso ó de asta, con sus proyectiles de piedra tosca, con sus hachuelas biconvexas lanceoladas; pero ayudado por la gran virtud de la asociación. Que no tenga la asociación, el hombre cuaternario, y veréis cómo queda vencido por aquellos mónstruos de la Naturaleza. La asociación reunió la astucia, los ardides, los recursos intelectuales, y venció á aquellos gigantescos animales. Con la asociación, de la caverna, su morada primitiva, *una vez expulsado del jardín paradisiaco*, crea la choza, y á través de muchos siglos, la ciudad moderna, ese organismo colosal, pero que hoy está próximo á desaparecer, si la Mutualidad, la asociación moderna, la asociación del hombre culto, no infunde su benéfico influjo á todas sus partículas, es decir, á los individuos de la gran asociación humana. Si el hombre cuaternario dominó á los monstruos de la Naturaleza por medio de la asociación, y con los instrumentos de piedra toscamente tallada, nosotros, mediante nuestras grandes y pequeñas sociedades mutualistas, dominaremos los actuales monstruos, los del hombre libre, culto y moral, las necesidades cada día crecientes. Si aquella lucha es una epopeya de la humanidad primitiva, la que ha empezado ya, será la verdadera epopeya, pacífica, pero bienhechora, la epopeya de la ilustración, de la moralidad y del bien colectivo.

¿Qué entendimiento es capaz de imaginar las luchas á muerte que sostuvo, por poseer las cavernas, con aquellos carniceros, más feroces que sus congéneres actuales?

¿Cuántas veces intentó desalojar de ellas al oso gigantesco, al terrible león, al cruel tigre de las cavernas? Unas, es vencido por ellos, como nos los demuestran los restos de los esqueletos de los ursidos y feli-

dos sobrepuestos á los del hombre, hallados en las grutas; otras, sale victorioso en desigual batalla, consume en grato festín sus carnes y reserva sus pieles para vestirse.

Ya veis, Señores, cómo el hombre cuaternario de la ciencia, el llamado antidiluviano por la Biblia, y cuya historia ha quedado escrita en las formaciones geológicas, llamadas cuaternarias, porque los restos de su esqueleto, de su industria rudimentaria se encuentran en los terrenos diluviales al lado de los de las especies que con él vivieron y que han desaparecido; ya veis cómo ese verdadero salvaje, sin agricultura, sin animales domésticos, sin morada fija, como verdadero errante, viviendo de los azares de la caza y de la pesca, con los instrumentos toscos de piedra; pero auxiliado por la asociación, libra tremendas batallas con los gigantes de la creación, para asegurarse alguna tranquilidad en las riberas de los ríos, en las orillas de los lagos, en las grutas á que pedía asilo hospitalario.

¿Qué haremos nosotros que hemos venido al mundo, cuando la humanidad, ha tiempo que ha roturado el suelo, disecado los pantanos, talado los bosques, edificado, inventado mil maravillas en todas las manifestaciones del ingenio humano, dominando el vapor, la electricidad en todas las prodigiosas aplicaciones? ¿Qué haremos nosotros, los hijos de mil generaciones, viejas ya en el saber, en el progreso, en comparación de aquellos hombres prehistóricos, niños en el camino de la civilización?

¿Qué haremos, Señores, ante la lucha formidable que se presenta en el mundo, sino recurrir á la asociación legal y ajustada á los eternos principios de la Moral? ¿Y cuál es esta asociación gigantesca, sino la Mutualidad que aparece en nuestro horizonte social,

como fúlgida estrella que nos marca el derrotero que hemos de seguir para no zozobrar en el tempestuoso mar de la sociedad moderna?

Si continuamos, Señores, el análisis mutualista, encontraremos otro elemento más importante que la mera asociación, la *solidaridad*. El hombre es uno, es cierto; el espíritu y la materia en incomprensible consorcio, forman el ser humano, el yo individual, como dicen los filósofos; en el cuerpo, hay unidad, pero como resultante de partes asociadas que son los órganos, y los órganos mismos, están compuestos de partes hasta llegar á las células cuya asociación forma el organismo. Pues bien, esas partes están de tal modo asociadas que, una depende de las otras, que la vida de una influye en las demás; así el cerebro no cumpliría su función fisiológica, si los pulmones no convirtieran la sangre venosa, en arterial. Luego estos órganos más que asociados, son solidarios. Ahora, bien, la sociedad humana es una; pero en la unidad, forma de lo bello y verdadero, hay multiplicidad, es decir, los individuos, los hombres, son sus órganos. Por esto, la sociedad está sujeta á la solidaridad, es decir, los hombres no pueden pasar los unos sin el concurso de los otros, y en tanto los hombres vivirán en armonía, en cuanto la solidaridad sea un hecho; pues ya se sabe que el ser humano es libre hasta en la solidaridad social que se ejecuta ó no según el libre albedrío. Y esta es la diferencia entre la solidaridad mecánica, digámoslo así, y la social, llamada más propiamente, solidaridad moral.

¿Y en qué términos podemos concretar el deber de solidaridad? Obrar de modo que nuestros actos sean provechosos á nosotros mismos, y á los otros, esto es, al cuerpo social. No entraña, pues, el deber de solidaridad, la destrucción de la sociedad presente, sino

su perfeccionamiento; no exige la nivelación de las fortunas, sino que de todas las iniciativas, de todos los esfuerzos, de la fortuna de todos, ha de brotar un elemento de vida, que permita á los vencidos, á los desheredados, satisfacer las necesidades humanas, y que en las crisis de la existencia, cuando la desgracia se cierne sobre el hogar, cuenten todos con el minimum de recursos, obtenidos por sus individuales esfuerzos, y aumentados por él de los demás. Y yo pregunto: ¿Hay algún hombre que no pueda simpatizar con estos principios? Indudablemente todos. ¿Quién en la esfera particular persigue con mayor ahinco la realización de tan bello programa? ¿Tendré necesidad de declararlo? No, porque ha aparecido ya á vuestra mente, como idea, y por poco que me descuide, vais á pronunciar esa palabra. Es la Mutualidad.

No hay duda, Señores, que el Estado con la Beneficencia procura llenar estos nobles ideales; no hay duda que las almas de buenos sentimientos socorren al indigente; no hay duda que los cristianos con sus obras é instituciones caritativas satisfacen, derramando el bien á manos llenas, esta necesidad; pero eso no impide que la iniciativa privada se esfuerze para subvenir á todas sus necesidades de presente y de futuro, y mucho más en los actuales tiempos en que la sociedad atraviesa una crisis horrible, pues la cuestión social preocupa, y con razón, á todos los pensadores.

Y por último, si queremos profundizar el concepto de la Mutualidad, veremos que la virtud que inculca, es el ahorro, privilegio del hombre sobre todos los seres de la Creación; porque él es el único que tiene propiamente la consideración del porvenir.

El que no sabe economizar lo superfluo, lo no *absolutamente* necesario, no puede practicar la virtud del ahorro, y por consiguiente, ser mutualista.

El ahorro consiste en no aplicar todos los beneficios á las necesidades actuales, sino destinar una parte á las futuras, fomentando el progreso; pues es el origen del capital. Luego los Bancos, Montes de Piedad y Cajas mutualistas de todas clases que lo favorecen, son instituciones de gran interés.

El obrero que se alista bajo las banderas de la Mutualidad, y por tal causa, se abstiene de algunas bagatelas, y si se priva, como puede acontecer, del alcohol, causa de muchas miserias morales y materiales, se moraliza en el terreno cívico. Ya veis, pues, cómo puede influir en la abolición del alcoholismo que tanto preocupa á los hombres pensadores; ya veis las relaciones directas que existen entre ella y las Ligas antialcohólicas dignas de todos los aplausos y de la universal protección.

Como vemos por este bosquejo de sus elementos constitutivos, la Mutualidad, esa buena hada según la feliz expresión de *M. Guillot*, es idea de paz y de orden; no lo dudéis, llegará con el tiempo á producir muy excelentes frutos, cuando todas las clases de la sociedad sean mutualistas cada cual dentro de su esfera de acción, ó como dicen los franceses, *comme il faut*.

¿Cuándo brotó la Mutualidad? Ya sabéis, Señores, que no hay nada nuevo en el mundo, como dijo el Sabio: *nihil novum sub sole*; así es en efecto; las cosas son antiguas, las palabras cambian en la evolución histórica; las instituciones son las mismas en cuanto al principio constitutivo, pero se transforman en el rodar de los tiempos, como una mujer hermosa, que de niña ya encanta por su belleza, y á medida del tiempo, recobra nuevos atractivos hasta causarnos irresistible influjo. Así ha sucedido con la Mutualidad.

Escribe mi amigo D. José Pérez de Acevedo en

su hermoso Prólogo, la parte más principal de mis «Principios de Mutualidad» que, frente á la lucha por la existencia, se ve en la evolución histórica, otra de paz, seguida hasta en las especies inferiores. Luego en los bosques hubo el primer esbozo del mutuo auxilio, si bien los animales obran con arreglo al mero instinto.

La historia de la humanidad es propiamente la de la lucha, y no la del amor que entraña necesariamente el mutuo auxilio. Por eso, vemos á aquellas sociedades anteriores á la Era Cristiana, proclamar la denigrante esclavitud, como necesidad absoluta, como condición necesaria á la organización social.

El observador imparcial al pasar su vista sobre las inmortales obras de aquellos filósofos, ilustres bajo otros conceptos, pero partidarios acérrimos de la esclavitud, se ve obligado á maldecir una filosofía que no supo desterrar aquella antinatural preocupación.

Platón, el divino Platón, Aristóteles, el filósofo del Liceo, y cuya Lógica me ha enseñado á pensar, defienden también tan abyecto estado.

¿Cómo queréis que brotara la flor de la Mutualidad en aquel campo tan ingrato para el desarrollo de las ideas nobles? No, no era posible de manera alguna; dondequiera que existen hombres más abajo que el nivel de los brutos, no puede nacer el mutuo auxilio; «dondequiera que se ve un hombre acurrucado, como escribe Balmes, (1) á los pies de otro hombre, esperando con ojo inquieto las órdenes de su amo, ó temblando medroso al solo movimiento de un látigo, dondequiera que el hombre es vendido como un bruto, estimadas todas sus facultades, y hasta su vida, por algunas monedas, allí la civilización no se desenvol-

(1) El Protestantismo comparado en el Catolicismo, tomo 2.º, cap. XX, pág. 6.

verá jamás cual conviene; siempre será flaca, enfermiza, falseada, porque donde esto se verifica, la humanidad lleva en su frente una marca de ignominia.»

Jesucristo, cuya hermosa y divina figura deben todos respetar, al anatematizar la esclavitud, al predicar el amor á los hombres, al establecer la virtud de la *caridad*, al declarar la hermosa verdad de la igualdad de naturaleza entre los hombres, al pronunciar el célebre sermón de la montaña, al promulgar la ley de amor sintetizada en el principio: *Sint unum sicut et nos*, enseñó la Mutualidad, aunque no le diera ese nombre.

Y de tal modo, Señores, que estando el Cristianismo en la cuna, en su edad de oro, cuando aun se oían las palabras divinas de Cristo que condenaban á aquella sociedad materialista y cruel, cuando resurgía entre el caos una sociedad nueva que, había de pasar por todas las pruebas, que había de purificarse, como el oro en el crisol, una multitud de fieles acude á los pies de los Apóstoles, depositando voluntariamente todos sus bienes, no existiendo entre ellos más que un corazón y un alma. Aquel comunismo voluntario que no podía durar á medida que el Cristianismo avanzaba, fué la genuina Mutualidad, el principio caritativo llevado á la más sublime expresión. Este es verdaderamente el primer esbozo libre y práctico del mutuo auxilio.

En la Edad Media, cuando la humanidad estaba bajo las cadenas de la servidumbre, cuando los señores feudales eran los amos absolutos, encontramos ya los Gremios ó asociaciones de las artes y oficios, donde aparecen cajas de previsión para socorrer á los obreros enfermos ó achacosos; si bien estas instituciones medioevales fueron precedidas por aquellas célebres cofradías anteriores al siglo XII que perseguían estos ideales,

En Castilla, D. Pedro I en las Cortes de Valladolid en 1351 además de revisar el *Ordenamiento* de Alcalá, estableció el de los *Menestrales*, ó reglamento de las artes y oficios. Este Rey, á quien la moral no puede menos de recriminar, y á quien la historia le ha calificado con el sobrenombre de *Cruel*, y cuyo fin fué tan trágico, tiene esta gloria; pues aquel *Ordenamiento* tendía al desarrollo de la industria y favorecía á las clases proletarias.

En el siglo XV, los siervos de la gleba habían pasado á *juniors* ó *foreros*; pero este progreso fué lento, con varias alternativas; y allí encontramos las asociaciones de resistencia llamadas *Hermandades*. La servidumbre de la Edad Media fué modificada por la Iglesia al favorecer la manumisión y libertad de los siervos que se transformaron en *solariegos* hasta ser *vasallos*, lo que fué un gran paso; pues el vasallaje se extendía á los mismos nobles, como propio del régimen feudal.

¿No es cierto, Señores, que no hay nada nuevo en el mundo estudiando las instituciones á la luz de la filosofía de la historia?

Vino la Revolución Francesa, y á los golpes del terrible individualismo cayeron para siempre los gremios que habrán podido tener sus defectos, si queréis, como todo lo humano; porque, ¿dónde está una institución humana que sea perfecta?, pero al desaparecer, dejaron un gran vacío en el seno de la sociedad; y como todo revive, han brotado bajo nueva forma, en las sociedades del mutuo auxilio, como primer paso para obtener en su día una organización justa del orden económico.

Hemos llegado, Señores, á la Mutualidad, á lo antiguo bajo nueva forma, á lo arcaico, digámoslo así, con nombre moderno. Algunos hombres de buena

voluntad, apóstoles de la primera hora, y cuyos nombres merecen ser esculpidos con caracteres de oro, comprendieron que los individuos aislados podían poca cosa, aunaron los esfuerzos individuales, y nació la moderna Mutualidad. Tal es, Señores, el génesis y fases porque ha pasado el mutuo auxilio, esa arma potente, potentísima, para usar la frase de mi amigo el Sr. de Acevedo, apta para resolver todos los conflictos, las asperezas todas del humano existir.

«La Mutualidad, dice el insigne escritor *M. Léon Guillo*t, (1) es la virtud social que nos hace fuertes para la vida; pues aislado cada uno de nosotros no puede garantizarse ni contra la enfermedad ni sobre todo contra la vejez; pero incorporado á una organización colectiva, nuestro esfuerzo duplica los resultados. La Mutualidad no nos hace ricos, sino capaces de aprovechar de la vida con un *mínimum* de bienestar; porque hay un abismo entre el que posee justamente lo necesario, y el que no poseyendo nada, lucha siempre con la miseria.

Muchos bienes están al alcance de todos los hombres en la naturaleza, mientras la inquietud del mañana, ó la miseria, no les impidan aprovecharlos.

Imaginaos una bella tarde de primavera, una de esas tardes en que el pueblo sale á gozar de los beneficios de la Naturaleza; imaginaos una familia previsora y otra que no lo es. Para la primera, donde el padre se ha asegurado contra la vejez en una sociedad mutua de retiros, contra la muerte en el *contra-seguro*, contra la enfermedad en una de socorros mutuos, esto no es la dicha, sin duda, porque ¿dónde está la dicha en el verdadero sentido de la palabra? se deslizarán al menos algunos momentos de paz, de reposo á la luz del sol, y en medio de la naturaleza

(1) Tu seras mutualiste.

que renace. De todos esos bienes, la segunda no gozará tanto como la primera, si el sombrío mañana se presenta á su mente, como uno de esos pensamientos fatídicos que amargan nuestra existencia en mediomismo del descanso. La Mutualidad nos hace previsores, porque no hay más que el primer paso que cueste. La Mutualidad es un contrato á diferencia de la Beneficencia Pública en que de las dos partes una obliga y la otra está obligada. Es de la cuna á la tumba de los humildes, de los modestos, de los obreros, que la Mutualidad extiende su manto protector y ofrece la utilidad de sus socorros, va de la indemnización concedida al pequeño mutualista, aun en los bancos de la escuela, al retiro del trabajador blanqueada su cabeza por el invierno de los años.» Pero no adelantemos los sucesos.

La primera forma práctica de la Mutualidad la hallamos en las sociedades de socorros mutuos que sintetizan todo su jugo, y que están extendidas por todo el mundo, habiendo en Menorca algunas de relativa importancia, sobre todo en Ciudadela que podemos decir es aquella ciudad, el verdadero campo mutualista de esta Isla, brillando el Círculo de Obreros Católicos, Liga de Mutua Protección, Centro Agrícola, la Sexagenaria, la Ancianidad Protegida, etc., etc. En Mahón, los centros recreativos, siguiendo las huellas de Méndez Vigo, á quien todos los mutualistas debéis recordar con respeto y cariño, (1) implantaron las sociedades de socorros mutuos; pero se hubiera podido llegar á mayores progresos. Existen

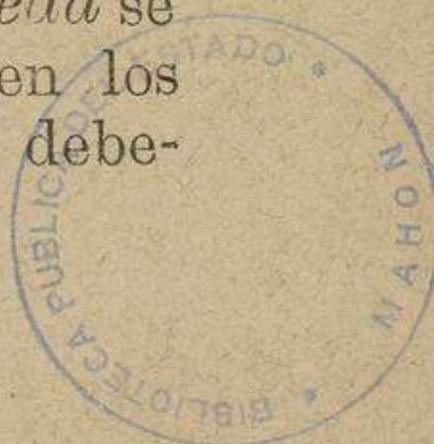
(1) Publicada nuestra obra, y pronunciada esta Conferencia, nos hemos enterado con sumo gusto que, nuestro distinguido amigo D. Juan Trémol Faner, Abogado, hombre de buenos sentimientos y amante siempre del pueblo, estudiando la facultad de Derecho en la Universidad de Barcelona, se dió cuenta del funcionamiento de las sociedades de socorros mutuos que existen en aquella ciudad, y cuya creación propuso á ciertos organismos de Ciudadela, su ciudad natal.

Mi amigo Trémol, pues, es el primer apóstol mutualista de Menorca, y como á tal, le saludamos con cariño y respeto.

otras de iniciativa privada, digámoslo así, que dignifican á sus fundadores y administradores. En la Iglesia Parroquial de Ntra. Sra. del Carmen, encontramos al Gremio de Pescadores y la Sagrada Familia, ésta para mujeres, las cuales tienen vida próspera, su administración es tan recta como económica, y son las que cuentan con el mayor número de protectores. Merece citarse la Mutualidad Mahonesa, que mediante la reducida cuota semanal de 0'30 ptas. el enfermo cobra el subsidio de 15 ptas. como minimum, y al fallecer, su familia, 100 pesetas como minimum, pagadas 108 para gastos del entierro; existiendo igualmente un fondo para la invalidez y en estudio una Caja para las crisis generales de trabajo. Hoy esta sociedad se ha unido en principio con las similares Humanidad, Porvenir del Obrero, Fraternidad Mahonesa, y al bajar á la tumba algún miembro de estas sociedades, sus herederos percibirán el subsidio de 500 ptas. que puede aumentar si la juventud se alista bajo el estandarte de la Mutualidad. Aplausos merecen tales ideas.

La Previsión Mahonesa, que en la *Biblioteca Popular* acaba de fundarse, mediante la cuota semanal de 0'30 ptas., ofrece el subsidio diario de 3 pesetas por todo el tiempo de las dolencias, y 100, como socorro á la familia del que fallece. Esta promete en su día ser de gran importancia.

La sociedad «Unión de Obreros Agrícolas», hoy Sindicato Agrícola, es digna de ser tenida en cuenta por los propietarios y aparceros, ya que mediante la cuota mensual de 0'10 ptas. por cada res vacuna, asegura la mitad de su valor, en caso de muerte, hecho el justiprecio por los cuatro vecinos más próximos. Hoy que nuestro ganado está atacado de *glosopeda* se ve la importancia de tal asociación fundada en los principios del mutuo auxilio. Los propietarios debe-



rían, á nuestro humilde entender, inculcar á sus aparceros tan saludables enseñanzas, que á la postre redundarian en beneficio de los dos.

Las sociedades de socorros mutuos forman uniones, en el extranjero, y de este modo, las farmacias mutualistas tienen vida próspera, No nos detendremos en explicar el mecanismo de las sociedades de socorros mutuos, porque es de todos conocido; pero sí haremos notar que son el centro del principio mutualista, la síntesis de la Mutualidad, ó como escribe el eminente escritor *M. Léon Guillot*, su aprendizaje.

Mucho tiempo, Señores, no hemos conocido más que la Mutualidad bajo la forma humilde de las sociedades de socorros mutuos; pero como la vida moderna es tan compleja en todos los géneros, necesariamente había de desarrollarse, de tomar nuevas formas, como preámbulo de su vida futura.

La Escuela de cuya importancia social es innecesario hablar en este centro de cultura, porque aquí no se respira más que el aire suave y purísimo de la ciencia; porque en este Ateneo, fundado por distinguidas personalidades, entre las cuales brilla el abogado D. Pedro Ballester, hombre entusiasta por todo lo científico, y presidido por el ilustrado Comandante de E. M. D. Antonio Victory, quedan borradas las diferencias políticas ante los rayos luminosos que despide la ciencia; porque aquí se rinde culto á todo lo que sea manifestación del ingenio humano, como nos lo demuestra este artístico salón dedicado á honrar la memoria de los menorquines ilustres que contemplan con admiración el camino glorioso que recorre el Ateneo. La Escuela, Señores, estaba llamada á implantar en su santuario los principios del mutuo auxilio. *M. Cavé* es el hombre privilegiado que comprendiendo el alcance que había de tomar, andando el tiempo,

creó las escuelas mutualistas donde el niño mediante *un sou, tout un petit sou* á la semana, no sólo recibe un subsidio en sus dolencias, sino que se instruye en las saludables enseñanzas de la Mutualidad.

Yo, Señores, que soy entusiasta de la ilustración del pueblo, porque al pueblo pertenezco, lo soy también de la Mutualidad Escolar. ¿Qué no daría, Señores, por haber recibido la enseñanza mutualista en los mismos bancos de la Escuela? Enseñar al niño el mutuo auxilio es contribuir á su grandeza moral. En Mahón, sólo el Pbro. D. Antonio Marqués en su Academia Mariana de San Estanislao ha desarrollado esta importantísima aplicación del mútuo auxilio. El niño es iniciado de este modo en los principios mutualistas, si bien es verdad que debe recibir las primeras nociones en el regazo materno. Aquella madre, aquel ser sublime que nos enseña en la cuna á hablar, debe también abrir nuestros ojos á ese mundo moderno tan viciado por la titánica lucha por la existencia, pero que quedará vencido, cabe esperarlo, por la teoría del amor, por el mutuo auxilio, por la realización de la genuina sociabilidad humana que es la mutualista.

He ahí, Señores, la Mutualidad doméstica que no solo exige esa enseñanza, sino que la familia, como tal entidad, esté alistada bajo el estandarte de la Mutualidad para que al caer enfermo un miembro de la familia, reciba los necesarios auxilios mediante una cuota común. La Cooperación resolverá este caso que tiene sus dificultades, porque la cuota, como es natural, ha de ser más crecida por cuanto no asegura solo al cabeza de familia, sino á todos los individuos que forman el hogar doméstico.

Pero antes de pasar el niño por la Mutualidad Escolar, antes de recibir la enseñanza materna, hay dos problemas, grandes como todos los de la humanidad;

uno lo resuelve la Mutualidad; el otro lo ha solucionado en principio este Ateneo al proteger al filántropo Dr. D. Enrique Alabern en su benéfica cuanto científica institución, la Gota de Leche. Es el deseo de todo hombre bueno que las generaciones sean robustas; las naturalezas débiles son dignas de todos los auxilios, ¿la parturienta no necesita acaso un mes de descanso después del alumbramiento? La mujer pobre, ¿puede abstenerse durante este tiempo del trabajo si á veces tiene que ir á ganar el sustento en la fábrica, en el taller, en donde sea? *Voilà* la Mutualidad Maternal que con sus recursos cumple esta sabia medida. Además el niño de casa humilde ha de alimentarse á veces no de la leche de la madre, sino de la de los animales útiles, ¿no hay por ventura grandes peligros? Luego le Gota de Leche *esterilizando* ese néctar, como nos decía el Dr. Alabern en su última Conferencia, cumple, Señores, un bien que solo los nacidos en techo modesto podemos perfectamente comprender. Digno, muy digno es el Dr. Alabern con su filantrópica institución; digno el Ateneo que la ha cobijado; digno el Ayuntamiento que la ha protegido; y dignas las personas todas que la favorecen moral ó materialmente, porque los beneficios que obtendremos del *Consultorio* serán en su día inapreciables si de él sabe el pueblo aprovecharse.

La Cooperación, Señores, que no es más que el ejercicio del mutuo auxilio con los fines nobilísimos de la *producción*, de *crédito*, de los *consumos* y otros á cual más importante, produce el bien á manos llenas; pero mejores frutos tocaríamos si los pueblos estuvieran convencidos de las utilidades del ahorro en común, de la unión legal en todos los terrenos. Si pudiéramos calcular los beneficios producidos en el mundo por las Cooperativas nos asombraríamos en toda la

extensión de la palabra. Leed los datos que aparecen en mis «Principios de Mutualidad» respecto á la Cooperativa de Villa-Carlos, y decidme luego si no es digna de propagarse tan importante fase de la Mutualidad.

Las de *producción* convierten al obrero en empresario de alguna industria en virtud de las cuotas individuales. En Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica y Suiza sobre todo han alcanzado un gran desarrollo. Las de *crédito* persiguen el fin de que el obrero posea capitales bajo la garantía de los socios. Las de *consumos* adquieren de los productores los artículos de primera necesidad para venderlos á los asociados sin gravámenes. Los tejedores de Rochdale tienen una cooperativa de consumos que ha dado tan buenos resultados que es la primera del mundo en su clase. «El sistema cooperativo, escribe Piernas Hurtado, (1) la práctica de la Mutualidad y de la ayuda común que representa, ofrece iguales ventajas á todas las clases de la sociedad, aunque sea la obrera la que mas propiamente le utiliza, y así véñse establecidas grandes asociaciones cooperativas en todas las naciones por gentes acomodadas, por funcionarios públicos, por los cuerpos del ejército y de la marina. Las cooperativas se unen en federaciones regionales y nacionales, celebran frecuentes congresos, publican revistas y periódicos especiales, han constituido una *Alianza internacional*, y en suma, este movimiento que se propaga rápidamente, es de una trascendencia proporcionada á la virtud del generoso principio de la solidaridad humana en que se apoya.»

La Mutualidad, Señores, derrama su benéfico influjo hasta en las filás de los regimientos, desarrollan-

(1) Economía Política.

do ó inculcando á los soldados su obra de paz. Es una acción simpática ilustrar á esos jóvenes rudos, en general, y enseñarles los beneficios que se pueden obtener del principio de Mutualidad. Que el soldado que es mutualista, siga siéndolo, y que el que no lo es, lo llegue á ser con el tiempo, son los dos fines de la Mutualidad en el Ejército. ¿No son por ventura dignos de ilustración aquellos jóvenes que derraman su sangre en aras de la patria? ¿No son merecedores de cariño los que no solo defienden nuestras vidas, sino nuestra propiedad individual? Luego yendo la Mutualidad al cuartel, cumple en ello un gran deber de solidaridad, una obra de paz social. Eduquemos á los soldados en las letras y serán más fuertes en el campo de batalla; eduquemos á los soldados en los purísimos principios de la Mutualidad, y serán más fuertes en el campo de las batallas sociales, opondrán á la lucha por la existencia, la sublime teoría del amor desinteresado, por la razón especulativa del bien. No tengo necesidad de decirlo lo bien que se cumple en Menorca la enseñanza á los soldados; es del dominio público, lo que habla muy alto de los Jefes y Oficiales, y sobre todo, del General Gobernador, Excelentísimo Sr. D. Francisco Galbis y Abella.

Las crisis del trabajo arrojan á muchos obreros á la miseria. Naturalmente, las profundas y duraderas solo tienen remedio en la emigración, en esa sangría de los pueblos; pero las ténues, por decirlo así, hallan un remedio en la Mutualidad, no solo como iniciativa privada, sino por las leyes del Estado, el cual á vista de los sufrimientos que ocasionan las crisis del trabajo, y de los beneficios producidos por las cajas mutualistas, no ha tenido más remedio que legislar sobre la materia. En efecto, algunas naciones ya han decretado leyes asegurando á los obreros de las paralizacio-

nes de la industria. Esto es digno de desarrollarse prácticamente, porque la humanidad no debe estar expuesta á los horrores de la miseria. Es justo ante Dios y ante los hombres que el trabajador al carecer de ocupación contra su voluntad, tenga lo preciso para alimentarse. ¿Realizar esto es acaso una utopia? Preguntadlo á Alemania, Bélgica, Holanda que han dado leyes sobre el particular; pedidlo á Francia que la Mutualidad, como iniciativa privada, estudia y practica tan simpático ideal. Claro que el obrero en la bonanza ha de ser previsor, ha de ser moral, ha de apartarse del vicio, de la taberna que, cual caja de Pandora, produce todos los males en el embrutecedor alcoholismo. Esto se da por sentado; pues sin la Moral, todo cuanto se haga, será un bello edificio, pero con cimientos de movediza arena, que la más leve brisa derrumba. El obrero en estas condiciones, trabaja mas, mejor y con gusto; porque sabe que si mañana por la ley de la oferta y de la demanda carece de trabajo, encontrará en la Mutualidad, en la Ley, un pedazo de pan para sí y para los individuos de su hogar. ¿No es este, señores, un bien digno de consideración por todos?

Lo que acabamos de exponer, podemos aplicarlo muy bien á los accidentes del trabajo que han ocasionado infinitos males á las clases proletarias. Las naciones más adelantadas en el ramo de la previsión, hace mucho tiempo que han dado leyes sobre el particular; Alemania las promulgó en 1884; pero en España, si no fuera por el simpático D. Eduardo Dato, aún no contaríamos con la justísima ley aseguradora de los accidentes del trabajo. ¿No se ha hecho ya, aunque no sea perfecta, pues su coronamiento está en la de la invalidez y del retiro? ¿Ha levantado alguna revolución acaso? Las clases acomodadas, Señores, y

me complazco en decirlo, están dotadas, en general, y en Mahón todas, de buenos sentimientos, y ven con gusto las leyes racionales y justas. Además la combinación de pagar, en toda obra, una prima á las Compañías de Seguros ha simplificado la cuestión, y verdaderamente con poco coste del propietario el obrero si sufre un accidente en el honroso campo del trabajo, recibe una indemnización, cuando ha poco estaba expuesto á los horrores de la miseria, aliviada por las almas caritativas y benéficas que no faltan en el mundo. Desde este sitio, y ante un tan respetable é ilustrado auditorio me complazco en elogiar al Sr. Dato sin que con él me ligue la menor relación por su credo político, en el verdadero sentido de la palabra, porque yo no estoy alistado á ninguna bandera política, todas las formas de gobierno me satisfacen, mientras procuren el bien colectivo que ha de ser el objetivo de todo gobierno..... y protejan la religión.

En Menorca, Señores, hay una sociedad mutualista cuyo fin es practicar lo mandado en la Ley sin recurrir á las Compañías de Seguros. ¿No es grato ver como se va con el tiempo ensanchando el horizonte mutualista? ¿no es consolador considerar como los pueblos recurren al principio de la solidaridad en todas las contingencias de la vida? En el lindo caserío de Llumesanas, entre aquellos honrados agricultores, un maestro albañil en unión de varios de San Luis crearon la *Protección* la que indemniza á los obreros en los accidentes del trabajo. Fueron 5 los fundadores depositando un pequeño capital en un Banco y con la garantía de todos sus bienes, se hicieron cargo de los accidentes que pudieran experimentar sus oficiales. Hoy que se cumplen 3 años de su fundación, podemos asegurar que tiene vida próspera esta asociación; pues cuenta con el capital de 7.000

pesetas, poco más ó menos, teniendo en cuenta que han satisfecho ya á sus obreros unas mil quinientas pesetas. ¡Cuantos sufrimientos no han dulcificado esas mil quinientas pesetas!

La instrucción es tan importante que todos los hombres de corazón se sacrifican para propagarla cual conviene; es que un pueblo ilustrado alcanza grandes progresos en el campo de la civilización. De ahí se deduce que la instrucción técnica de los obreros, es de tal trascendencia que de ella depende el verdadero desarrollo de la industria. Luego la Mutualidad técnica que abre escuelas gratuitas para los obreros con tal fin es de un valor inmenso. La Extensión Universitaria que tanto honra á España, y de un modo principal, á los dignísimos Catedráticos de Universidades é Institutos, y á las personas amantes de la cultura popular, suple las deficiencias de la carencia de escuelas de Artes y Oficios, y sobre todo en Mahón que no contamos con ninguna. La Extensión Universitaria es en realidad, como me ha dicho en conversaciones particulares el Sr. de Acevedo, la Mutualidad de las ideas. La Extensión Universitaria, pues, Señores, cuna de este Ateneo que es ya la admiración de propios y extraños, es digna de todos los elogios, y sus profesores merecedores de un aplauso por su científica cuanto humanitaria labor.

El retiro de los obreros constituye una obra social en alto grado digna de encomio. Tal idea ha sido ya ejecutada por Alemania, y Bélgica, en esta última por los católicos, y Francia se prepara para llevarla á la práctica; pues el Congreso ha aprobado por unanimidad tal proyecto, digo por unanimidad, porque los 5 diputados que votaron en contra son 5 *fósiles* que de seguro estarían trastornados el día que emitieron su voto contra tal proyecto... La Mutualidad an-

tes que el Estado ha resuelto el problema de un retiro en la ancianidad. Mirad: *Les Prevoyants de l'avenir* fundada en 1880 por el humilde tipógrafo *Chateillus*, hoy un bienhechor de la humanidad, ha repartido 4 millones de francos en pensiones, y no obstante, su capital ha aumentado. Esta sociedad cuenta con más de medio millón de socios y unos 4 millones de capital, y, el Jurado de la Exposición Colonial de París le acaba de conceder un gran premio de honor. ¿No es hermoso este espectáculo? ¿Quién diría, Señores, que algún día había de juntarse medio millón de personas de todas edades y sexos, no para intereses mezquinos, sino para una obra en alto grado simpática? ¿No hubiera sido tachado de visionario aquel que hubiera predicho fenómeno tan consolador? Es que la solidaridad, Señores, tiene una influencia que nosotros no podemos comprender en toda su extensión. La solidaridad humana ha empezado ya en este sentido, está en marcha, sus progresos futuros serán dignos de ser cantados por Homero.

Pues, bien, la semilla mutualista fué arrojada en tierra fecunda á imitación del Evangelio que predicara Cristo; de ella han brotado, como por encanto, sociedades que son hoy el orgullo de la humanidad, estando *La Boule de Neige* á la cabeza de ese movimiento. Esta sociedad ha satisfecho ya algunas pensiones; pero en este año, entrará de hecho en su funcionamiento social; pues en 1907 se cumplen 15 años que el insigne *Guillot* en un café tuvo la feliz idea de crear la *Boule de Neige* de la que tengo el honor de ser *Miembro Fundador* sin merecerlo.

La Boule de Neige es la obra de un grande hombre que ha sabido encauzar el ahorro del modesto, del obrero, para asegurarles una pequeña pensión en la ancianidad; la *Boule de Neige*, tiene 70.000 socios y

un capital de 10 millones de francos causando la admiración de todos los amantes de la paz social. Yo en este momento, Señores, no puedo menos de sentirme emocionado, al ver que en Mahón hay personas ilustradas y de buena voluntad, que simpatizan con esa institución, cuya celebridad ha recorrido la Francia entera. No me detendré en explicar el mecanismo de esta gran sociedad; en la obra que acaba de salir, están todos los detalles. Ya sabéis que en 1900 fundé en Mahón una Sección de esta asociación, cuyo desarrollo fué atajado en su principio por decreto ministerial; no puedo menos de elogiar el celo mutualista de sus afiliados, y sobre todo, del Tesorero, mi amigo, D. Francisco Sturla Fernández, que cumple sus funciones con el verdadero espíritu de la solidaridad en el sentido mutualista.

Vamos á explicar á grandes rasgos la asociación española «Los Previsores del Porvenir», fundada en Madrid en 1904, y que ha echado ya raíces en Ciudadela y Mahón; debiéndose la sección de esta ciudad á la iniciativa de mi amigo el letrado D. Jerónimo Massanet Beltrán, con lo cual nos ha hecho un gran bien, y, al que yo estaré siempre muy agradecido. Debo deciros que de no ser yo tan modesto—como lo soy en todos los terrenos—haría 4 años que España hubiera tenido su gran sociedad mutualista de retiros; pero no han faltado hombres de buena voluntad, y ya contamos con una que, de seguir como hasta la fecha, cumplirá sus compromisos.

El 17 de Mayo de 1904, fecha que será memorable en España, andando el tiempo, D. Francisco Pérez Fernández, y D. Antonio Palamidessi, en unión de dos amigos, el letrado D. Melitón Quirós Martín, y el Teniente Coronel de Estado Mayor D. Manuel García Morales, redactaron los Estatutos, y juntándose á

121 amigos, el 12 de Julio del mismo año, en un aula del Instituto de San Isidro se constituyó en definitiva. Allí, en aquel célebre Instituto, se unieron en cariñoso abrazo la Ciencia y la Mutualidad, sin ruido, sin aparato, pero fija la mirada en la buena causa, en el bien social. En dos años y medio, Señores, ha alcanzado un movimiento tan extraordinario que ha aventajado á todas las de su clase del extranjero, lo que prueba que en la España somos también mutualistas. En la actualidad cuenta con 52 mil socios y un capital que se acerca á dos millones de pesetas, es decir, que en tan poco tiempo, ninguna había alcanzado tales cifras.

Las cuotas son 5, de 1 á 5 pesetas al mes, y por espacio de 20 años, cobrando, según el Reglamento, de una á cinco pesetas por día, desde el momento en que entramos á gozar de la pensión. Para que esto tenga lugar, se necesita la progresión, una progresión verdad, es decir, que todo socio se convierta en apóstol de la obra. De este modo, tiene lugar la progresión, y la pensión es un hecho; pero supongamos que no haya la necesaria progresión, en este caso, la ganancia también es segura, aunque inferior. En este sistema, el capital total ha de quedar para nuestros hijos, esto es, nos hemos de repartir tan sólo las rentas.

He ahí un modo de demostrar cómo la sociedad futura será esencialmente mutualista; pues nuestros descendientes se encontrarán de la noche á la mañana, como quien dice, con gigantescas asociaciones de un capital enorme, donde un ahorro insignificante les pueda producir una modesta pensión.

Yo, Señores, entre la bruma del tiempo, veo alzarse, cual figura venerable, la sociedad futura; pero esencialmente mutualista.

La institución española, Señores, cuenta con secciones por casi toda España; pero es necesario que el pueblo—me refiero á las ínfimas clases de la sociedad—conozca esas ideas mutualistas que en sí son de regeneración. Su primer Presidente fué el malogrado Muñoz Rivero, distinguido criminalista que había puesto su saber y honradez á empresa tan humanitaria; pero la parca fiera cortó el hilo de aquella preciosa existencia; hoy lo es el bizarro general de Brigada Sr. Montero Hidalgo, cuya gestión es altamente provechosa. Son muchos los militares que en toda España se han afiliado á tan simpática asociación; en Mahón mismo hay algunos. En Ciudadela existen poco más ó menos 200 previsores; en Mahón somos ya 70; pero el día que el pueblo se entere de su utilidad, y honorabilidad de los administradores, la sección mahonesa será de relativa importancia, pues esas ideas han empezado á bullir en todos los cerebros, porque la humanidad necesita el desarrollo de la Mutualidad sobre todo en la vejez, punto culminante en la vida.

Todos los que estáis aquí reunidos, podéis disfrutar de un retiro de una á cinco pesetas cada día, mediante un pequeño ahorro mensual. Todos los hombres grandes han sido tachados de ilusos. Cristo fué llamado loco por los fariseos; Cristóbal Colón era considerado como un visionario; y Cristo predicó la moral más pura, y el marino genovés descubrió un nuevo mundo. Pues, bien, *Chatellus* era tratado de iluso; hoy, en un banquete que acaba de darse en París en su honor, el insigne Leopold Mabilleau, en los brindis después de ensalzar su obra, pronunció estas palabras: *Chatellus*, el iluso de la vispera, es hoy un gran bienhechor no sólo de la Francia sino del mundo. Razón, pues, tenía *Jemabel* al escribir, ha pocos

días, que los que dedican sus talentos á la Mutualidad, son bienhechores de la humanidad. Algunos que se las echan de grandes matemáticos, han aguzado su ingenio para *demostrar* que la labor de *Los Previsores* era imposible en absoluto; pero el licenciado en Ciencias D. Fermín Jimeno Oliver, les ha demostrado de un modo aplastante que existiendo la necesaria progresión, base del sistema chatelusiano, existe la pensión. Es más, hoy ya es segurísimo que los ingresados en los dos primeros años cobrarán su pensión de una á cinco pesetas diarias, resultando en el primer año un sobrante de 9.544,128, pagadas 6,300 pensiones, y en el segundo 10.149,897, satisfechas 10,050 pensiones. Sentimos no poder leer á este selecto auditorio el razonado cálculo del consocio Sr. Jimeno; pero está á la disposición de todas las personas que quieran enterarse. La obra española, pues, no anda, que es como se demuestra el movimiento; corre, vuela, y llegará á realizar sus más bellos ensueños.

Dos días tengo felices cada mes; aquellos en que recibo los boletines de «La Boule de Neige» y de «Los Previsores del Porvenir»; aquellos en que me entero del movimiento *bouleneigeux* y del de España, y de las miserias humanas...

Estas ideas, que son tan buenas, cuentan con enemigos sistemáticos; muchos previsores españoles han dado pruebas de ilustración y virilidad pulverizando los *argumentos* de los antimutualistas. Ha habido escritor que les ha dicho: «Si nosotros gastamos una, dos, etc., pesetas en la asociación española, ¿qué os importa? ¿no *liráis* muchas, pero muchas, en el café?» Ya veis que los mutualistas *comme il faut* tomamos todas las posiciones. Nuestros enemigos tienen que habérselas con un nuevo Proteo, y pase el símil, porque somos invulnerables...

¿Queréis más entusiasmo? ¿habéis visto mayor celo? ¿no os manifiesta una gran fuerza moral tal convicción? Si exceptuamos las ideas religiosas, que son las que más influencia han tenido en la historia del espíritu humano, como sabéis, ningunas otras la empuñan á ejercer como las mutualistas; es que son el remedio á los males que sufre la sociedad moderna en el terreno material, tan viciada por el egoísmo, por la sed de placeres y por el individualismo. (1)

Antiguamente, el pobre era esclavo, es decir, no era considerado como persona jurídica; el Cristianismo tiene el honor de haber abolido tan vil condición. Almas caritativas y benéficas han sido las que levantaron los hospitales, asilos y demás establecimientos benéficos para recoger los desvalidos, los huérfanos, para cuidar los enfermos. ¡Cuántos sufrimientos no han aminorado las instituciones caritativas! ¡Cuántas lágrimas no han enjugado! Recordad sólo la Beneficencia Domiciliaria, que tanto honra á Mahón, y comprenderéis que no exagero. que son hechos y no lirismos lo que digo. Ahora, bien, la Mutualidad las respeta, pero ha ideado para los suyos la *Casa de la Mutualidad*, donde el modesto, con su título de pensión, que carezca de familia, vivirá allí como el que tiene la dicha de morar entre los suyos. Ha poco que en Marsella se ha inaugurado la primera *Maison de la Mutualité*.

Las sociedades de retiros tienen un grave inconveniente; es que si un socio fallece antes de la edad legal para la pensión, todas sus cuotas le han sido inútiles, si bien aprovechan á la comunidad; no obs-

(1) Acabamos de enterarnos por la prensa local, que en Valladolid existe una sociedad de retiros, "La Fortuna", cuyo representante en esta es D. Félix Ortega; y también leemos en el Boletín de "Los Previsores del Porvenir", de Madrid, existe en Barcelona otra denominada "L' Amich del Poble Catalá", que cuenta hoy con 20,000 socios y un capital que anda cerca de medio millón de pesetas.

tante, como es pobre, es sensible tal pérdida; pero hoy, con el contraseguro ha desaparecido este inconveniente; pues mediante una ínfima cantidad anual, una bagatela, por decirlo así, recibe la familia las cuotas satisfechas á la caja de retiros.

Hemos llegado, Señores, al acto más heroico y sublime del mutualista, al acto digno de ser imitado en que el buen padre de familia, olvidándose á sí propio, paga una cuota para que, al morir, los suyos no se vean en la miseria.

El Sostén de las Familias, fundado por *M. Guillot*, asegura hasta tres mil francos, límite fijado por la ley, y va tomando incremento entre las clases proletarias á las cuales está dedicado; lo que es una prueba más del bien que produce el gran corazón de *Guillot*, que desde muchos años se desvive para llevar el principio de mutualidad á todos los campos de la actividad humana. *M. Guillot* acaba de ser laureado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París por su hermoso *brochure Tu seras mutualiste*, habiéndole otorgado el premio de *Ernest Thorel*, consistente en 500 francos, por ser la obra más adecuada á la educación del pueblo. El informe de la citada Academia, compuesta de los más eminentes economistas, tiene un valor inmenso. Yo no puedo menos de felicitar calurosamente al eminente mutualista francés, y conmigo todos los hombres ilustrados y de buena voluntad. Es verdad, pues, que la Mutualidad acompaña al hombre desde la cuna al sepulcro; ella es, en verdad, su esperanza, el verdadero amigo del pueblo bajo el aspecto social. Es el puro espíritu de fraternidad que anima á la Mutualidad. Ella opina que hay bastante dicha en la tierra para todos los hombres; basta que una *entidad jurídica*, por decirlo así, intervenga entre todos los seres humanos para

que los que poseen demasiado, ayuden á los que no tienen nada, y la miseria será extinguida por la acción unitiva de los ricos y los pobres.

¿Quién es esta *entidad jurídica* sino la Mutualidad? No hay más que la Mutualidad que pueda, con sus obras numerosas y potentes, accesibles á todos, llevar el remedio eficaz á los males que sufren los desheredados. Mientras unos dilatan las distancias que el individualismo causa en el mundo entre los poderosos y los humildes, la Mutualidad, *respetando todos los derechos y las instituciones todas*, las acorta, si no del todo en el actual estado de cosas, en gran parte al menos; pero lo logrará cuando los hombres comprendan que la Mutualidad es un deber bajo todos los aspectos, sobre todo, si se quiere de verdad solucionar, en lo posible, la pavorosa cuestión social... La Mutualidad es un deber en los modestos, que deben procurar no estar á la carga de nadie directamente en la ancianidad, ante todo y sobre todo; la Mutualidad es un deber en los potentados para que así la humanidad tenga una existencia más feliz; porque es triste ver cómo se sufre ya en la cuna, pues el llanto es el primer himno que entona el niño al abrir los ojos á la luz; es desgarrador ver cómo los ancianos abandonan esta existencia, teniendo como único patrimonio los padecimientos.

Hemos concluído, Señores, nuestra conversación mutualista; como veis, no hemos más que apuntado las ideas; el que quiera enterarse minuciosamente de la materia, ahí están mis «Principios», donde aparecen todas las relaciones de la Mutualidad tratadas con sinceridad, aunque sin maestría, porque yo no soy escritor ni orador, como veis, pero sí entusiasta y apóstol, y este es mi orgullo. El Apostolado mutualista, Señores, es necesario, no sólo por amor á los seme-

jantes, no sólo por el espíritu de solidaridad, sino por egoísmo, si me permitís la frase, pues á mi entender el mutuo auxilio puede dulcificar mucho, cuando menos, nuestros infortunios, y contribuir á la realización de la paz social de que tanto necesitamos.

Nunca en la historia del espíritu humano hallamos una época como la nuestra; nunca hemos visto plantearse los problemas sociológicos con el alcance que ha tiempo están á la orden del día; nunca como en los actuales momentos se habla y escribe tanto de las grandes cuestiones; esto demuestra que el horizonte social está preñado de pardas nubes... El porvenir es sombrío, si en todas partes se rinde culto al egoísmo...

No son sueños, Señores, son realidades, la sociedad moderna ó se inspira en la Justicia, en la Moral, en la Mutualidad, en el bien colectivo, ó perecerá en espantosa catástrofe, sin que le valgan las conquistas sobre las fuerzas materiales, porque más que éstas, gobiernan á los hombres las morales y cristianas.

HE DICHO.



Erratas

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
6	23	disecado	desecado
24	7	4 millones de capital	64 millones

Observaciones sobre el hombre de la edad paleolítica

En el principio de este trabajo estudiamos, á grandes rasgos, al hombre primitivo de la ciencia, al que vivió antes de la formación cuaternaria, y preciso es convenir que es el antediluviano de la Biblia, el que vivió en la época de los grandes patriarcas. En efecto, la Prehistoria enseña que antes de la actual edad geológica ó histórica, existió solamente el hombre de las formaciones cuaternarias; el Génesis afirma que antes del Diluvio poblaron la tierra los adamitas descendientes de Set ó de Caín. La ciencia nos dice que, al tener lugar el gran cataclismo acuoso, el hombre habitaba las tierras entonces emergidas, y el Génesis, que los hijos de Set y de Caín poblaban gran parte de la tierra.

Sólo Adán y Eva gozaron de las delicias del Paraíso; pues al ser expulsados, no habían nacido ni Caín, el fratricida, ni Abel, el justo, ya que al nacer Set que vino á reemplazar á Abel, contaba Adán 130 años. La pérdida de la inocencia les descubrió la desnudez; se cubrieron de hojas que entrelazaron á su manera; pero Dios les entregó unas túnicas de pieles: *fecit tunicas pelliceas, et induit eos*; pero si una vez poseyeron las pieles sin esfuerzo alguno, eso no podía ser; y por esto, tuvieron que conquistarlas, venciendo á los terribles animales. Jehová les maldice, les castiga á comer el pan con el sudor de la frente, les sujeta á enfermedades, y por fin á la muerte. *In sudore vultus tui vesceris pane. Pulvis es, et in pulverem reverteris.*

¿Dónde está la soñada cultura y felicidad del hombre primitivo? ¿En qué se diferencia esa humanidad adamítica de la humanidad de la ciencia? Estudiadlas, y veréis que son idénticas; yo no encuentro más diferencia que el Génesis nos enseña que la adamítica tenía la religión natural, pero fué perdiéndose á medida que los pueblos se apartaban del Paraíso, y no es extraño, que la ciencia no hable de religión, aunque es muy probable, casi seguro, que adoraban á los astros, al primer motor, á la causa primera. Según el relato de Moisés ese salvajismo fué duradero; pues Yabel construyó las viviendas artificiales é inventó la vida del pastoreo; Tubalcain utilizó los metales; Tubal cultivó por vez primera la música.

Yabel qui fuit pater habitantium in tentoriis atque pastorum.—Tubalcain qui fuit malleator et faber in cuncta æpera ævis et ferri.—Tubal pater cantantium in cithara et organo.

Estos hombres vivían cerca de mil años; se multiplicaban prodigiosamente; comían de los azares de la caza y de la pesca; luego es incontrovertible que buscaran nuevas regiones para poder alimentarse. Esas emigraciones, en plena edad de piedra, de la raza adamítica, es la vida nómada y errante á que estaba condenada la rama cainita: *vagus et profugus eris super terram*.

Luego el hombre de la edad paleolítica no hace enmudecer al relato bíblico; al contrario, lo confirma, y de un modo que no ofrece duda alguna. Cae por su propia base la vulgar é ignorante opinión de que la primitiva sociedad patriarcal fuera un modelo de cultura, el prototipo de la perfección, como nos dice el ilustre José de Maistre, de cuyo estado perfecto cayó paulatinamente en el salvajismo. No, este primer período antrópico que duró diez y seis siglos y medio, según la Vulgata, y veinte y medio, según los 70 intérpretes, es aquel período de transición de la edad terciaria á la cuaternaria en que el hombre vivía al aire libre, á las riberas de los ríos, á las orillas de los lagos, en las grutas naturales, nutriéndose de la caza y de la pesca, no conociendo más que los instrumentos de piedra. Es evidente, pues, que el hombre llamado cuaternario por la ciencia es el antediluviano de la Biblia.

La objeción de que Caín edificó una ciudad, no destruye el acuerdo de la Biblia y la Ciencia; porque, aquella ciudad no debía parecerse á las nuestras, ya que el descendiente sexto de Caín es el inventor de las tiendas. Sería, pues, la ciudad cainita, una mera reunión de tiendas ó cabañas; pues la Escritura no sólo dice que había sido condenado á la vida errante, sino que de hecho, tal fué su género de vida. *Et ero vagus et profugus in terra; habitavit profugus in terra ad orientalem plagam Edem*, el que vive errante, ¿construye acaso habitaciones que puedan durar siglos? ¿no edifica con arreglo á la lógica, como los ejércitos al hacer sus excursiones militares? Cabañas, tiendas, meras chozas, edificaría el primer fratricida.

Concluyamos que entre la Biblia y la Ciencia no hay tampoco discrepancia en este punto; está bien claro que como dijo el Concilio Vaticano: *nulla interrationem et fidem dissensio esse potest*.

Notas históricas

Según acabamos de leer en el importante periódico "Los Previsores del Porvenir", de Madrid, una de las primeras y de las más conocidas Sociedades de socorros mutuos fué fundada en 1580 en Lille. La más antigua de las nacidas en París, es la de Santa Ana, que se remonta al año 1694 y tuvo su asiento en la Iglesia de Santa María del Templo, perteneciente á la Orden de los Caballeros de Malta. En Londres, desde 1715 existe una Sociedad de esta clase; y desde 1793, en que el Parlamento se ocupó de tal asunto, se han promulgado leyes con el fin de estimular la idea de la previsión. Los Gremios de la Edad Media, ó mejor, las cofradías anteriores al siglo XII fueron, pues, la manifestación externa del principio de asociación salido en la cuna del Cristianismo.

PRECIOS

Esta Conferencia.	0'50 ptas.
Principios de Mutualidad.	2'00 »

En venta: **En casa del autor, Plana, 62**